

UN AMOR LITERARIO

(C U E N T O)

LUIZA Fernanda con sus 16 años, era espigada, de cara de virgen gótica, ojos rasgados y profundamente pensativos de princesa de leyenda; encantadora y atrayente, como una heroína de las sonatas de Valle-Inclán.—Un poco altiva, y un tanto esquiva.—Apasionada, desde muy niña, por los libros y la literatura, su primer «Cuento» en la revista provinciana fué una revelación, una promesa, y un suceso de comentarios y chismes femeninos.—Era, sobre todo, la musa inspiradora de los jóvenes soñadores de Guadaloz, la ciudad fronteriza.

Pasaba Luisa temporadas en Augusta—pueblo con aires de ciudad en la línea férrea de Guadaloz a Madrid—con su tía Rosalinda y, en una de ellas, hizo amistad con el novelista Armando Teran, casado, cuarentón y envanecido por el triunfo reciente en Madrid de «Las Vírgenes Alocadas». ¡Y tan alocadas!—Luisa Fernanda lo admiraba y veía en él su generoso protector literario, soñando con futuros éxitos cortesanos.—Armando, en sus charlas de maestro con la ingénuo discípula, se envanecía, a pesar de sus años y de su fealdad, pavoneándose con sus elogios y miramientos, engrdeído al creerla enamorada.

En Augusta y sin saber cómo, apareció por aquellos días en escena, sobre un fondo de ruinas arqueológicas y un cielo azul de primavera, como en una estampa romántica, el joven Eduardo Salinas, poeta «modernista» de fines del XIX.—Acababa de llegar de Lisboa, cargado de laureles ya un tanto marchitos—comidas en Tavares, *charutos, meninas y pándigas*—después de agotar los pródigos bolsillos de sus admiradores lusitanos y los brindis de estrecha hermandad ibérica.—Salinas al verse solo en la Plaza del Rocio lisboeta, sin un céntimo, emulando a Espronceda, cruzó la raya internacional y, no pudiendo llegar a Madrid, ancló en Augusta, de arriada forzoza.—Se acogió a la buena amistad de Armando, el novelista, en espera de recibir fondos de editores y compañeros, único modo de poder continuar su viaje a la Corte donde sus colegas del Parnaso español y algunos pelafustanes líricos, esperaban impacientes su regreso para recibirlo con la solemnidad del triunfador.

Augusta, nudo ferroviario a 60 kilómetros de la ciudad fronteriza de Guadaloz, pueblo de ambiente turístico, recreábase en su historia, en sus monumentos y excavaciones y en la luna poética somormujada en el río, incitando a las muchachas desenvueltas y deliciosas, a ensueños imposibles de un romanticismo, febril y decadente.

El poeta Salinas, en casa del novelista Armando conoció, al otro día, a Luisa Fernanda, de la que se enamoró locamente después de

una lectura de sus poesías, iniciándose ante aquel *flechazo* un noviazgo lírico, evocador de pasiones arrolladoras en islas silenciosas y edénicas.—El novelista Armando, por su parte, se sintió suplantado y sufrió en silencio su derrota.

Luisa regresó al poco tiempo a Guadaloz a casa de su madre, y Salinas la siguió desalentado. En la capital continuó el idilio vehementísimo, comparable al de Calixto y Melibea con sus horas de espera en el nocturno jardín, convertido ahora en el balcón de una calleja provinciana.

Se instaló el poeta en el «Hotel dos Naciones», dos menos, según decía, que el de Mariano de Larra cuando pasara por la misma ciudad fronteriza camino de Portugal. El hotelero, un Hércules humano, membrudo y agresivo, sin recibir un céntimo del hospedaje del apasionado cantor de Luisa, una y otra semana, cansado de sus promesas monetarias incumplidas, le amenazó con arrojarlo a palos de su olímpica mansión a la inhospitalaria rua.—Gracias a una estrategia, sus amigos—dos entusiastas y literatos en ciernes—consiguieron ponerlo a salvo, llevándose, como unos conjurados, su aligero equipaje, oculto bajo la esclavina de un impermeable, protegidos por las sombras de un lluvioso atardecer: dos camisas desflecadas, un par de calzoncillos, dos pares de calcetines sin zurcir, cuartillas, dos cuadernos de «sonetos» y un paquete de cartas amorosas de Luisa, dignas de una antología espistolar:—«¡Nunca! ¡Imposible! ¡Siempre, siempre, siempre!»—

El poeta Salinas atemorizado y lloroso por el escándalo de la huida del Hotel y la vergüenza ante los ojos de su amada Luisa, consiguió evadirse de aquel ogro culinario y de las murmuraciones de la ciudad.

Dos días antes de su prudente retirada hacia Madrid, en la tertulia de «novelas» del café de «La Estrella», de su mala estrella, todavía contaba Salinas extasiado su próximo enlace con Luisa Fernanda.—Con su imaginación meridional describía la ceremonia religiosa, añadiéndole suntuosos detalles.—Desfilaban a los acordes del órgano catedralicio, uniformes entorchados, diplomáticos, bicorrios, capas de caballeros santiaguistas, báculos y anillos pastorales.—Era el sublime Salinas, transfigurado, el eterno soñador noctámbulo y bohemio.—Si recibía dinero de Madrid, lo dilapidaba a las 24 horas en bombones y alarmantes propinas a recaderos, sin pensar en su precaria situación.

El atuendo del poeta Salinas era modesto: una americana deformada, deslucida, y pantalones con rodilleras.—Sus ojos asomábanse, como los de perdiz, entre arrugas de los párpados enrojecidos, con su mirar de miope.—Y cuando recitaba poesías musicales hacíase su voz cantarina, girando en el aire sus dedos, crispados, de uñas puntiagudas, enlutadas, tornasoladas de amarillenta nicotina:—«¡Soy un altivo doncel enamorado!»—exclamaba con arrobado entusiasmo en medio de un silencio de admiración.

La madre, viuda, y las hermanas de Luisa Fernanda en aquel ambiente provinciano de clase media, recatado y humilde, soñando

para la más guapa y arrogante de todas ellas un «buen partido», «un hombre de carrera», horrorizadas por aquellos amores *extravagantes*, decidieron cortarlos de raíz y no cesaron en su empeño hasta conseguirlo.—Un día y otro día suplicantes o en silencios de enfados, con ayuda de los informes cortesanos de la vida azarosa del poeta Salinas que recibiera Luisa desde Madrid y, sobre todo, por la ausencia del vate bohemio, consiguieron sus familiares reducirla y liberarla de aquel «amor literario» inspirado en la seducción de los versos de Eduardo Salinas, que ya devoraba sus cuitas amorosas en las turbias soledades de su cubil madrileño.

Si Luisa Fernanda no hubiese sido tan espiritual, tan sensitiva—¡tan tonta!, como le decía una de sus amigas solteronas—hubiese aceptado; instigada también por su familia, las relaciones formales de José Fernández, rico labrador de la ciudad; pero renunció, despectiva, a unos de los muchos matrimonios tan corrientes en las niñas casaderas de Guadaloz, graduadas en buscar maridos de conveniencia.—Prefirió Luisa, no venderse a ningún hombre. Se encerró en una impenetrable altivez de castellana en su castillo interior, sin importarle un ardite de nadie, como cuando en funciones de aficionados representaba papeles de característica con arrugas pintadas y el pelo empolvado de blanco.—¡Orgullosa!. ¡Valiente orgullosa!, rezongaba despechado José Fernández.

Entre tanto, desde Madrid, el asedio por escrito de Salinas duró varios meses.—Turbado por el silencio de Luisa y herido en su amor propio, escribía, al más íntimo amigo de Guadaloz, una de esas cartas de tinta, ahora, amarillenta reflejando un pasado ya perdido entre polisonos y sombreros de copa:

«Querido Luis: Un abrazo de agradecimiento por tus sinceridades.—Realmente Luisa me inspiró—y me sigue inspirando—una de esas pasiones que valen más que la vida.—De no ser así ¿cómo yo, con mi orgullo irreducible de hombre y mi vanidad inmensa de artista habría tolerado tanta humillación?. Tu sabes que por ella he resistido los insultos mayores que puede recibir un hombre, y todo me pareció poco ¡aquel calvario que empezó en esa y acabó en Madrid!.—Mi vida, mi alma, todo cuanto en mí hay que valga algo, aun mi arte al cual lo sacrificué siempre todo, me parecieron poco para recomensar en algo su afecto.—Pero hoy querido Luis, las circunstancias no son las mismas.—Con todos los obstáculos se puede luchar; con ella, no.—Es imposible.—Sabía mi situación mejor que yo como ha sabido todas mis miserias, todas mis inquietudes; por que desde que salí de esa me abandonó, me dejó solo con la humillación de aquella fuga vergonzosa, obra suya, pues por ella lo hice.—Desde entonces siempre suplicando, pidiéndole una palabra de aliento, de auxilio y ella impávida, dura, inflexible solicitándome «reposo, olvido ¡olvidarla!.—¡bien sabe ella que esto es imposible!.—Muchas veces ¡te lo juro! sentí tentaciones de acabar de una vez... Yo que soy el primer poeta de mi patria, pasé días de miseria y de abandono porque sin ella me sentía incapaz de vivir.—Te soy sincero.—Yo creo que Luisa no me quiere, no me ha querido nunca: todo

«en su alma y en su corazón es literatura.—Si no fuese así ¡cómo me habría abandonado!, ¡cómo el silencio a tantos gritos, a tantas súplicas capaces de enternecer a una piedra y hacerla hablar!. ¿y cómo al saber que estaba gravemente enfermo, su alma, si la tiene, pudo dejarme sin un consuelo?.—Todo acabó, Luis, todo acabó.—Ya no puedo ser dichoso.—Esa mujer ha envenenado mi vida para siempre y si tiene conciencia y yo fuese capaz de vengarme, ya estaría vengado pensando en lo que debe sentir y en el calvario interior que le espera... me pidió sus cartas... No quiero nada, me basta y me sobra para morir de desesperación con su recuerdo...»

EDUARDO»

Acertó el vate en sus profecías, menos en lo de morirse despechado.—Salinas sin proponérselo se sintió vengadísimo ante el proceder de su amigo el novelista Armando, con Luisa Fernanda en cuya casa de Augusta, se enamoró.

Armando Teran alcanzó con el éxito de sus libros, fama y dinero.—Habíase trasladado a Madrid donde vivía con cierta holgura económica, dedicado a producir sus dos cosechas literarias anuales.—En una de aquellas novelas que tituló «La Malcasada» eligió el tipo de Luisa Fernanda para heroína de uno de sus asuntos, siempre escabrosos.—Buen observador de modelos humanos y avezado a describir con fuerte realismo los caracteres, el ambiente y el paisaje, aparecía Luisa en la primera parte de la novela como la conociera Armando en Augusta, bellísima, candorosa y espiritual.—Era un retrato exacto; su biografía.—Pero el autor de moda, Armando Teran recordando su decepción ante el enamoramiento de Luisa por el poeta Salinas, con la inconsciencia del hombre de letras capaz de sacrificar a su propia familia por obtener el triunfo, convertía en la segunda parte de «La Malcasada» a Luisa en una mujer de vida alegre.

Armando en su oficio de escritor y aún en su vida de hombre mundano, portábase como un cínico.—Su cara, de barba rala, de pómulos salientes y ojos saltones, tenía un lejano parecido a la de un pitecantropos.—Neurótico, sensual, lindaban sus novelas con ciertos libelos inmorales.—Intentaban encubrir sus personajes y relatos, envolviéndolos en pesadas elucubraciones psicológicas y en una prosa retorcida cargada de lirismos a lo Gabriel D' Annuncio, tan en boga entonces.

En la reunión de intelectuales del casino de Guadaloz se levantó una polvareda de comentarios.—El moralista local, pronunció una defensa brillante.—Ha sido una acción criminosa de un escritor amoral o desmoralizado por los beneficios económicos, el aprovecharse de la amistad de Luisa para describirla como ella era y convertirla, al final, en una mujer abyecta. Luisa no tiene padre, ni hermanos.—Está desamparada. ¡Es un cobarde!

El más decidido, confiado en la distancia, se ofreció a desafiar al novelista valiéndose de una carta insultante; otros, más cautos, propusieron redactar un escrito de protesta en nombre de la moral y del

prestigio de Guadalo, encabezado con las firmas de las autoridades y corporaciones.—El crítico literario lanzó un juicio agresivo, en el diario local, contra el autor de «La Malcasada». Su tesis demoledora, apoyábase en las teorías freudianas del subconsciente y en la pornografía; gérmenes virulentos lanzados, como en una guerra microbiana, contra «los firmes pilares de la austera sociedad de Guadalo».—La polvareda resultó la más diabólica propaganda de «La Malcasada» por haber infestado, a escondidas, de ejemplares las casas más honorables de la ciudad.

Luisa Fernanda sufrió en silencio aquella ofensa de Armando.—Asqueada de aquel hombre y aún de todos los hombres, a quienes consideraba iguales, en su herida altivez, se acogió, a lo largo de su vida de soltera, a las penas de los suyos, refugiándose en constantes prácticas religiosas lejos de Guadalo.—A través de los años, en que fueron desapareciendo sus familiares, llegaban cada vez más tarde noticias de ella a la ciudad, hasta que se borró su nombre.

El novelista Armando Teran en pleno triunfo murió en Madrid a consecuencia de un accidente de automóvil.—Se aseguraba que se había suicidado.

El poeta Salinas, desvencijado y mísero, en su vivir errante y pedigüño, cargado de coronas de laurel, sin haber olvidado nunca su amor apasionado por Luisa Fernanda, pasó a mejor vida.

Luisa Fernanda con la cabeza muy empolvada, ahora, de canas naturales y el rostro envejecido de arrugas auténticas, también recordó siempre su amor al poeta en Guadalo, como una cruel y lejana pesadilla.

ENRIQUE SEGURA



IDEARIO EXTREMEÑO

«Es propio de hombres de poca cuenta leuantarse, y ensoberuercerse, si algún día se ven en honra».

DIEGO LOPEZ

Los versos tienen algo de luz...

Los versos tienen algo de luz y de divino.
Los versos, o son alma, o reniegan del ser.
Los versos son antorcha en oscuro camino.
Y se tira la antorcha que ha dejado de arder.

Los versos son alados mensajes de otro mundo
donde canta esperanza sus canciones de luz.
Los versos son, al paso de tu dolor profundo,
un dulce Cirineo para llevar la cruz.

Un sorbo de alegría, de pura luz de cielo,
un acorde arpegiado que trina el corazón.
Un verso amargo y triste, es espina y es hielo.
Un verso torpe y crudo. es infamia y traición.

Un verso es un tesoro de cristal y de gracia.
Es fuerte y es sublime como el viento y el mar.
Es leve, perfumado como flor de la acacia.
Es tierno cual de un niño el sereno mirar.

Hermanos, los poetas, ¡cuidad vuestro tesoro!
Mantenedle muy alto, no le manche el hedor
del cieno nauseabundo. No enturbie su sonoro
cristal de agua entre peñas ningún negro rencor.

Vosotros, los que llenos de anhelos soberanos
abarcais horizontes con mirada vivaz,
cuidad la antorcha pura de los versos... Hermanos,
¡no dejéis que se apague vuestra estrella fugaz!...

VENTURA DURÁN